

Quintiliano y Juan de Salisbury

Introducción.

Guibert de Nogent parece haber conocido la obra de Quintiliano y haberse inspirado en el *De Institutione Oratoria* para su *De Vita sua*. ¿Cómo el abad de Nogent ha podido conocer al retor romano? Tal es la primera cuestión que viene naturalmente a nuestra mente.

No poseemos textos que nos orienten a este respecto de manera directa y formal, pero tenemos testigos lo suficientemente numerosos y precisos como para llegar a establecer que Quintiliano ha gozado en el siglo XII de un amplio movimiento de difusión e incluso de una verdadera fama. Este movimiento tuvo su punto de partida en la abadía de Bec. No debemos sorprendernos de que Guibert haya conocido a Quintiliano, sobre todo si logramos encontrar un lazo de unión que una Guibert con Bec. Pero, puede objetárenos, si el *De Institutione Oratoria* fue tan conocido, ¿cómo es posible que el mismo nombre de Quintiliano haya permanecido como en la penumbra en el siglo XII?

No trataremos de esquivar la dificultad y propondremos una solución a esta aparente contradicción.

A) DIFUSION DEL «DE INSTITUTIONE ORATORIA» EN EL SIGLO XII

1. EL «DE INSTITUTIONE ORATORIA» EN EUROPA

Siguiendo a Becker¹ encontramos el *De Institutione Oratoria* de Quintiliano en el siglo XII en los siguientes lugares: Bamberg, Salzbourg, Durham,

1. BECKER: *Catalogi Bibliothecarum antiqui*, Bonn 1885, n. 80 (vol. 105); 63 (20, nota de Duemmler); 115 (228); 117 (76); 86 (93). Quintiliano es mencionado

Bec y Bayeux. Esta última localidad no está mencionada en Becker, pero por su documentación podemos ver que un ejemplar del *De Institutione Oratoria* que el autor coloca en Bec (n. 86, vol. 93), forma parte de una donación de Felipe, obispo de Bayeux. Además, sabemos por otra parte que Felipe rigió la iglesia de Bayeux de 1142 a 1163 y que se proponía tomar el hábito en Bec cuando murió y fue en este momento cuando hizo donación de su biblioteca (113 vols.) a la abadía de Bec. La obra de Quintiliano se encontró durante un cierto tiempo, entre 1142 y 1163, en Bayeux, antes de ser donada a Bec.

Evidentemente surge una objeción: Del hecho que una obra se encuentre en una biblioteca, no se sigue que sea conocida, sino por los poseedores de esa biblioteca. Porque el *De Institutione Oratoria* se encontrara en las ciudades antes citadas, no podemos concluir que la Retórica de Quintiliano haya sido conocida en estas ciudades.

Si se tratase de las grandes bibliotecas actuales, la objeción tendría todo su valor. La cosa cambia cuando se trata de bibliotecas del siglo XII, donde las bibliotecas que podemos llamar ricas poseían, quizá superando en algo, los 200 volúmenes. Es, por tanto, difícil creer que estas obras no hayan sido leídas sino por unos cuantos y que no hayan dado motivo a cambios de impresiones y de ideas. Además, y por lo que concierne a Quintiliano, es todavía más extraño porque no ha sido completamente olvidado en los siglos precedentes. En el siglo IX, Lupus de Ferrières se interesa vivamente por la retórica y le vemos en dos ocasiones establecer contacto y comunicación con el *De Institutione Oratoria*, del que poseía fragmentos y al que cita². Quizá esto no sea más que una fuerte presunción, pero puede creerse que allí donde se encontraba el *De Institutione Oratoria* era conocida. Veamos ahora no presunciones, sino testimonios ciertos y formales.

En primer lugar tenemos una alusión precisa al estudio del *De Institutione Oratoria* en la correspondencia de Wibaldo, abad de Stavelot y después abad de Corvey, en enero de 1147, donde la carta que nos interesa fue escrita. Manegold, canónigo y *magister scholae* de Paderborn ha contratado a Wibaldo por su conocimiento profundo de las siete artes liberales. Wibaldo le agradece a Manegold la delicadeza que ha tenido con él y, entre otras cosas que le dice, le da unos consejos excelentes y buenas razones para leer el *De Institutione Oratoria* de Quintiliano. Esto no es otra cosa que un consejo individual.

Sin embargo los testimonios más precisos y los más numerosos de un conocimiento serio del *De Institutione Oratoria* en el siglo XII, nos los proporciona Juan de Salisbury en su *Metalogicon* y en su *Polycraticus*. El obispo de Chartres cita a Quintiliano 10 veces en el *Polycraticus* y 9 en el *Metalogicon* y una vez en el *Entheticus* donde le dedica una pieza en verso³. Fre-

además, pero sin saber de qué obra se trata, en los catálogos del siglo XII, en S. Aubin de Angers, en la abadía de S. Amando... Cf. L. DELISLE: *Cabinet des mss.*, II, 454, 485.

2. *Monumenta Germaniae Historica: Epistolarum tomus VI*, pars prior Karolini aevi IV (Berlín 1902), pp. 62, 90, 106 (epist. 62, 103, 105 in fine).

3. *Polycraticus*, lib. VI, cap. 13; VII, 9, 14; VIII, 12, 13, 23. *Metalogicon*, lib.

cuentemente no se trata de simples alusiones o de citas cortas. Todo un pasaje de Quintiliano constituye el fondo del desarrollo de Salisbury, sea que comente, plagie o parafrasee el *De Institutione Oratoria*. Así, y a modo de ejemplo, todo el capítulo veinticuatro del libro primero del *Metalogicon* contiene numerosas frases sacadas del capítulo octavo del libro primero de Quintiliano. Es el pasaje en el que Juan de Salisbury distingue la *lectio* de la *praelectio*, es decir, la lectura personal de la explicación didáctica de los autores: «sed quia legendi verbum aequivocum est...» es, a veces, la pura copia de Quintiliano y otras veces la paráfrasis del fin del capítulo octavo: «In praelegendo grammaticus...» del *De Institutione Oratoria*. Ya veremos más adelante cómo procede Juan de Salisbury a este respecto.

2. EL «DE INSTITUTIONE ORATORIA» EN CHARTRES Y PARIS

No perdamos de vista que Guibert de Nogent muere en 1124 y que Juan de Salisbury llega al continente en 1136. Pero, bajo la fuerza de la admiración que le inspiran la retórica y la pedagogía de Quintiliano, Salisbury nos hace saber que ha procurado y ha conseguido el conocimiento del profesor romano. Nos dice que Guillermo de Conches y Ricardo «El Obispo»⁴, probablemente en París entre 1136 y 1140, durante mucho tiempo formaron a sus alumnos con el método de Quintiliano. Estos maestros habían sido educados, a su vez, con estos mismos métodos por Bernardo de Chartres, maestro ilustre por el que Juan de Salisbury siente una verdadera admiración manifestada en estas expresiones un tanto hiperbólicas: «Sequebatur hunc morem (Quintiliani) Bernardus Carnotensis, exundantissimus modernis temporibus, fons litterarum in Gallia»⁵.

Todo el capítulo veinticuatro del libro primero del *Metalogicon* está consagrado a la exposición de este método inspirado por Quintiliano. Bernardo ha sido canciller de la Iglesia de Chartres de 1124 a 1126 y esta función llevaba consigo la dirección de las escuelas. Además y, según Hauréau⁶, había enseñado en Chartres con el título de *magister scholarum* desde 1115. Por otra parte y, hacia el mismo tiempo de 1091 a 1116, había sido obispo de Chartres Ivo, hombre de letras también, igualmente instruido en las letras divinas que humanas y que había sido alumno preferido de Lanfranco, prior de Bec entre 1046 y 1063. No vamos a concluir nada. Simplemente mantenemos esta sucesión de humanistas conocedores de Quintiliano y que de Bernardo, como término *ad quem*, por Ivo de Chartres, nos unimos a Lanfranco que es el fundador de la escuela de Bec.

I, caps. 21, 22, 24 (gran parte de este capítulo), 25; II, 2, 4, 7, 8; III, 10. *Entheticus, De Seneca a Quintiliano*, PL 199, col. 992, 1257-1258.

4. *Metalogicon*, lib. I, cap. 24: *De uso legendi et prelegendi* (PL Paelegeldi) et consuetudine Bernardi Carnotensis et sequacium eius. «...Ad huius magistri (Bernardi) formam preceptores (PL praeceptores) mei in gramatica (PL Grammatica), Willelmus de Conchis et Ricardus, cognomento Episcopus... suos discipulos aliquandiu informaverunt», JOANNIS SARESBERIENSIS EPISCOPI CARNOTENSIS, *Metalogicon*, libri III, *Recognovit et Prolegomenis, Apparatu Critico, Commentario, Indicibus Instruxit*, Clemens C. I. WEBB, A. M., Oxonii, MCMXXIX, pp. 53 y 57; PL 199, 853 c y 856 a.

5. *Ibidem*, ed. WEBB, p. 55; PL 199, 854 c.

6. *Mémoires Acad. Inscript.*, 1884, t. XXXI, II, p. 90.

No debe sorprendernos que encontremos algunos trazos de ideas de Quintiliano en Abelardo⁷, el más ilustre de los discípulos de Bernardo de Chartres. En Abelardo sólo encontramos el nombre de Quintiliano en una breve alusión moral. Ciertamente que este texto no nos permite afirmar, aunque sea muy probable, que Abelardo haya utilizado mucho la retórica de Quintiliano.

Poseemos, sin embargo, una carta muy larga de Pedro de Blois, discípulo de Salisbury, canciller de Cantorbery, arcediano de Bath y después secretario de la reina Eleonor, que está inspirada en la pedagogía de Quintiliano. Esta carta ilustra una idea querida de Quintiliano: es más fácil enseñar a un ignorante que a un discípulo cuya instrucción haya sido mal comenzada. Quintiliano nos pone el ejemplo de Timoteo, el célebre flautista que exigía doble paga a los alumnos que él mismo no había formado desde el principio⁸. La idea y el ejemplo son recogidos dos veces por Juan de Salisbury también⁹.

La carta de Pedro de Blois no es más que la ampliación de este tema con la ayuda de un ejemplo concreto. El destinatario de la carta es un tal Roberto, arcediano de Nantes, que ha encargado a Pedro la educación de dos de sus sobrinos. Roberto hace elogios del mayor, Guillermo, diciendo que es un alumno brillante, conocedor de la lógica, la gramática y de los autores. El segundo, Juan, el más joven, no ha recibido ninguna educación. Todo está por hacer. Pedro contesta al arcediano Roberto diciéndole que está en un error y que los elogios deberían ser para el joven sobrino. Toda la carta de Pedro de Blois está dedicada a probar esta tesis basándose en la experiencia de Quintiliano y en la necesidad de una primera formación de sólidos fundamentos. Una vez más surge el ejemplo de Timoteo el buen maestro de flauta...

En realidad y por lo que a nosotros respecta, podemos decir que, los alumnos de la carta de Pedro de Blois no son sino un pretexto. La carta es un desarrollo literario cuya argumentación está fundada sobre principios generales y no sobre hechos particulares. Guillermo y Juan como personajes de la carta no entran en litigio. Están ahí por las necesidades de la causa. Digamos, entonces, que no se trata de una carta propiamente, sino que es un pequeño tratado de pedagogía, escrito en forma epistolar y que pretende reflejar el pensamiento de Quintiliano y de Juan de Salisbury.

¿En qué me fundo para defender esta opinión? Langois, en un artículo que publica en *Notices et extraits des manuscrits*¹⁰, nos dice que existe en la biblioteca de la Universidad de Cambridge un manuscrito que contiene un «*Libellus de arte dictandi*» de Pedro de Blois y que anuncia en el prólogo su intención de sustituir con un nuevo *Ars dictaminis* a la gran obra del maestro Bernardo. Hay siete especies de *dictamina: epistola, historica... doctrina rethorica*, etc. Entonces, Pedro de Blois, después de haber hablado de la

7. P. ABÆLARDI, *Expositio in Epist. Pauli ad Romanos*, lib. I, cap. I; PL 178, 798.

8. QUINCTILIANI: *De Institutione Oratoria*, lib. II, c. 3; ed. P. Burmannum, V. C., Patavii, 1736, p. 79.

9. *Polycraticus*, lib. VII, cap. 9; ed. Webb, Oxford 1909, vol. II, p. 123; PL 199, 654 a; *Metalogicon*, lib. II, cap. 7; ed. Webb, p. 73; PL 199, 864 d.

10. *Notices et extraits des manuscrits*, t. XXXIV, IIe. partie, p. 23.

epistola, se propone los temas a tratar siguiendo todas las reglas que ha anunciado con anterioridad en la carta. Después, vuelve sobre las otras especies de *dictamina* que simplemente había distinguido. Las define, esclarece la definición y bruscamente termina la obra en el folio 121 sin *explicit*.

¿No nos permite esto pensar que nuestra pseudo-carta pudo tener por origen un hecho real, pero arreglada después por las circunstancias, fue precisamente el desarrollo de un tema destinado a ilustrar un día la doctrina retórica y que mientras tanto propagaba la doctrina de Quintiliano? Si esta conjetura está fundada, vemos la fuerza que adquiere nuestra opinión sobre la difusión de las ideas de Quintiliano. Si se la considera arriesgada queda, al menos, que Pedro de Blois conocía el *De Institutione Oratoria* y que practicaba y propagaba sus doctrinas.

Hemos visto cómo el *De Institutione Oratoria* era conocido en Corvey, en Cambridge y en Orleans. Que fue muy conocido en Chartres donde, con Bernardo y sus discípulos, constituía el fundamento de la enseñanza del *trivium*. Por vía de consecuencia, podemos decir que era muy conocido en París ya que Guillermo de Conches, Bernardo de Chartres, Juan de Salisbury y Pedro de Blois vivieron en París y allí enseñaron y que fue allí donde Juan de Salisbury rehizo su educación bajo la dirección de Guillermo de Conches y de Ricardo «El Obispo».

En Coutances y en Avranches también se conoció la obra de Quintiliano. Cuando Juan de Salisbury escribe su *Metalogicon*, designa a Ricardo «El Obispo» así: «nunc archidiaconus Constantiensis». Después, en 1171, Ricardo llega a ser obispo de Avranches. Hemos visto, además, que existían ejemplares del *De Institutione Oratoria* en Bamberg, Durham, Bayeux.

3. EL «DE INSTITUTIONE ORATORIA» EN BEC

Uno de los centros de difusión de las ideas de Quintiliano ha sido Chartres en la primera mitad del siglo XII, después París por los maestros formados en Chartres. Veamos ahora el otro centro, el más importante, donde se difundieron estas ideas, la Abadía de Bec.

Existe en la Biblioteca Nacional de París, F.L. con el número 14146 una colección manuscrita de Esteban de Rouen, religioso de Bec en el siglo XII, que contiene una copia parcial, pero abundante del *De Institutione Oratoria*. Esta copia tiene gran interés para nuestro trabajo, no por la obra en sí, sino por su largo prólogo, sin hablar del elogio en verso que hace el autor de Quintiliano. Digamos simplemente, para no extendernos demasiado, que el prólogo es una demostración de la necesidad del estudio de la retórica y que el autor manifiesta un vivo entusiasmo por Quintiliano y su obra. El hecho de este prólogo, este entusiasmo, la existencia misma de esta copia abreviada, bastarían para hacernos sospechar que Quintiliano no era conocido sólo del monje Esteban. Además, tenemos del propio Esteban la afirmación formal y precisa de la celebridad de Quintiliano en el siglo XII: por su renombre entre nosotros, dice, juzgamos lo que debía ser su gloria entre sus contemporáneos: «Unde animadvertendum quantae, apud suos, gloriae fuerit qui (Quintilianus), nostris, non ignotus, sed famosus et laudabilis exstiterit».

Tenemos ahora un testimonio irrecusable del favor que gozaba Quintiliano entre los eruditos de la segunda mitad del siglo XII. ¿Podemos pensar que esta fama haya nacido en un día? Esto venía de atrás y en Bec y en los monasterios de Normandía había ya una larga tradición.

¿Cuál ha podido ser el origen de esta tradición? ¿Cómo hablando de Bec no va a irse nuestro pensamiento hasta los grandes nombres de Lanfranco y de San Anselmo, igualmente instruidos, uno y otro, en las letras divinas y humanas? No tenemos textos que prueben de una manera formal que estos dos letrados hayan conocido y enseñado las doctrinas de Quintiliano. Sabemos, sin embargo, que Lanfranco, antes de su conversión, había pleiteado con éxito en Pavía, su ciudad natal, contra dos abogados de experiencia. Que conocía a fondo todos los procedimientos de la retórica, hasta tal punto que, a los ojos de sus contemporáneos parecía, en este aspecto, comparable a Cicerón y que practicaba todos los géneros de elocuencia. Sabemos que los dos, Lanfranco y San Anselmo, eran pedagogos humanistas como lo prueba claramente la carta de San Anselmo a Mauricio¹¹ en la que recomienda a su discípulo el estudio de Virgilio y otros autores. A esta carta es necesario añadir las dos cartas *ad nepotem*, sobre todo la 114 en la que reconocemos algunas de las ideas queridas de Quintiliano sin que, sin embargo, la semejanza sea tan formal como para que podamos afirmar una filiación directa¹².

No debemos olvidar que estos dos buenos humanistas hicieron de Bec, al principio del siglo XII, la primera escuela de Europa, tanto por su esplendor como por su influjo. Ya en tiempo de Lanfranco extendía su influencia no solamente sobre Normandía, sino también sobre Gascuña, Flandes, Inglaterra y, el cronista añade, sobre las comarcas más lejanas.

Sabemos por el testimonio de Willeram, escolástico de Bamberg, que vivía hacia el año 1080, que muchos de sus compatriotas, antes ignorantes, habían llegado a Bec para adquirir el conocimiento de las letras y el arte de la dialéctica sin la cual es imposible penetrar a fondo las Sagradas Escrituras y enseñarlas bien. ¿No serán estos los que hayan traído de Bec el conocimiento de Quintiliano? ¿No hay en todas estas coincidencias algunas presunciones en favor de esta hipótesis: el italiano Lanfranco ha sido el hombre que en el siglo XI hizo conocer, mejor, reanimó el conocimiento de Quintiliano y en cierto sentido lo vulgarizó entre los eruditos de su tiempo y sus propios discípulos? Si admitimos esta hipótesis, se comprende que Guibert de Nogent haya conocido a Quintiliano. ¿No fue alumno de San Anselmo, discípulo él mismo y continuador de Lanfranco? Guibert fue alumno de San Anselmo no sólo para la escolástica, sino también para el estudio del *trivium*. En una palabra, para rehacer su primera instrucción que había sido frustrada.

Tratemos de representarnos las cosas con verosimilitud. San Anselmo encuentra en Guibert un adolescente cuya primera educación había sido mal dirigida. Su inteligencia era viva, pero cerrada; con más fuerza y originalidad que claridad, de medida y gusto, en la expresión. Existía todavía algo

11. S. ANSELMI: *Epistolae*, lib. I, ep. 55; PL 158, 1124.

12. *Ibidem*, *Epistolae*, lib. IV, ep. 114; PL 159, 261.

de bárbaro en su genio. ¡Qué mejor antídoto entonces que las doctrinas de Quintiliano! ¡Qué mejor profesor para equilibrar un espíritu y volverlo juicioso!

Esta hipótesis aunque sea seductora y cualquiera que sea la verosimilitud de las conjeturas sobre las que descansa, no es sino una suposición, una hipótesis. Nos falta un texto para que constituya certeza. Pero, a mantenernos sobre el terreno de la certeza, nos ayuda el que nos queda, al menos, como indudable, que el *De Institutione Oratoria* era muy conocido en Bec en el siglo XII y también en un amplio radio en torno de esta Abadía.

Dadas las relaciones que existían de monasterio a monasterio, las misiones o los viajes frecuentes que realizaban los monjes por diversos motivos, los intercambios de manuscritos... Todo esto contribuía a crear necesariamente y en una región determinada, una atmósfera intelectual común; tanto más cuanto que, como ya lo hemos hecho notar, las reservas de libros no eran infinitas. Por lo tanto no debemos sorprendernos que Guibert haya conocido, de una o de otra manera, la obra de Quintiliano y que la haya utilizado sin decirlo. ¿Por qué ese silencio? Vamos a tratar de aclarar este interrogante.

Si el *De Institutione Oratoria* era tan conocido en el siglo XII y los testimonios de Esteban de Rouen, de Pedro de Blois y de Juan de Salisbury no nos permiten dudarlo, ¿cómo se explica que los que conocían esta obra, sin exceptuar a Guibert de Nogent, no nos hayan dicho más claramente y más frecuentemente que la conocían? Puede decirse, es verdad, que para los monjes el contacto con los autores paganos no era un fin, sino un medio; el medio de hacerles más capaces para comprender y propagar las verdades cristianas. Ciertamente que era a la difusión de estas verdades a las que ellos consagraban todo su esfuerzo y no a las verdades de los retores aunque fueran muy seductoras para el humanista.

Existe una parte de verdad en esta explicación. Sin embargo no puede satisfacernos completamente, porque si no se encuentran frecuentemente citados los grandes nombres de la antigüedad latina en los escritos del siglo XII, se les reconoce sin grandes esfuerzos. Para el caso de Quintiliano, la búsqueda es más laboriosa. Se ha hecho poca propaganda en torno a su nombre y tengo la convicción de que se le conoce y se le utiliza más de lo que se le cita. ¿Por qué, entonces, esta especie de conspiración del silencio en torno a él? La respuesta se la sacaremos al hombre que más habló de Quintiliano en el siglo XII, Juan de Salisbury.

B) QUINTILIANO Y JUAN DE SALISBURY

Comencemos haciendo una observación que domina todo este apartado: Juan de Salisbury entiende bien a Quintiliano. Lo que le interesa, sobre todo, son las cuestiones generales de su pedagogía más que los preceptos y los artificios del arte de la oratoria propiamente dicha. Casi todas sus citas o sus alusiones y, por consiguiente, sus comentarios, hacen relación a los dos primeros libros del *De Institutione Oratoria*. ¿Por qué sorprendernos?

¿No es en esta parte de su obra donde Quintiliano ha reunido las ideas generales que interesan al moralista y al pedagogo de todos los tiempos; la parte todavía viva de su obra? Lo demás puede presentar un interés, un gran interés para el historiador. Ahora y aquí no vamos a hacer historia y sí un estudio comparativo doctrinal de los dos autores. Lo que no ha pasado de moda, incluso para nosotros, es lo que Juan de Salisbury, desde el siglo XII, supo discernir y mantener.

1. PEDAGOGIA DE QUINTILIANO Y JUAN DE SALISBURY

Juan de Salisbury, lo mismo que Quintiliano, atribuye una importancia capital a la elección de los primeros maestros y a la primera educación porque, cuando ésta ha sido viciada, es siempre difícil de remediar. Cómo le era querida esta idea, puede juzgarse no sólo por lo que el mismo Juan nos dice¹³, sino también por el desarrollo que alcanzó en la obra de su discípulo preferido Pedro de Blois que la ha dedicado la pseudo-carta que ya hemos visto.

En un orden de ideas vecinas, Juan se levanta, lo mismo que Quintiliano, contra la acumulación de los conocimientos mal clasificados, mal asimilados y nos proporciona en unos trazos, no carentes de inspiración, la silueta de algunos de estos que han sido mal instruidos y nos dice que sería necesario primero olvidar mucho de lo aprendido para que quedara algo claro y sólido en su espíritu. Unos abusan de la dialéctica, para pesar y sopesar hasta las sílabas y las letras y su falsa ciencia les conduce a nuevos errores más graves que los que pretenden refutar. Otros hacen profesión de despreciar a los antiguos y van compilando todas las opiniones y todas las aducen. Están faltos de ese saber discernir y escoger. Su espíritu está embotado por ese montón de conocimientos que no saben distinguir incluso los que les pertenecen. Juan de Salisbury nos trae el ejemplo de Dídimo, ejemplo que recoge de Quintiliano, que criticaba la futilidad de una narración sin acordarse que era él mismo su autor. «Nunc multos invenies Didymos», añade el obispo de Chartres¹⁴.

Seguramente estos son defectos de todos los tiempos, pero con algunos matices. Sepamos agradecer, sin embargo, a Juan de Salisbury que ya en el siglo XII supo tan claramente percibirlos y tan bien caracterizarlos. Alabémosle, en todo caso, el haber sabido comprender la lección de su maestro y el haberla repetido de una manera personal. Veámoslo en un ejemplo.

Quintiliano que sabía bien que la educación no es una simple transferencia de conocimiento sino, y sobre todo, una comunicación de los espíritus, recomendaba a los alumnos amar a sus maestros a los que debían mirar como padres espirituales: «discipulos id unum interim moneo: et praeceptores suos non minus, quam ipsa studia ament: et parentes esse non qui-

13. *Polycraticus*, lib. VII, cap. IX; ed. WEBB, t. II, pp. 123-124; PL 199, 654 abcd.

14. JOANNIS SARESBERIENSIS: *Metalogicon*, lib. II, cap. VII; ed. WEBB, p. 73; PL 199, 864 c. Cf. QUINTILIANI, *De Institutione Oratoria*, lib. I, cap. 8; ed. P. BURMANUNN, p. 57.

dem corporum, sed mentium credant»¹⁵. El de Salisbury toma este pasaje por su cuenta y lo que había permanecido una idea superficial en Quintiliano, expresada por analogía, pasa a ser, en el texto de Juan, una idea a la vez profunda y muy fecunda. Con él nos introducimos en las causas:

«In libro Quintiliani De Institutione Oratoris, septima discentium clavis ponitur, amor docentium, quo preceptores (PL. praeceptores) ut parentes amandi sunt et colendi, Sicut enim illi corporum, ita et isti quidem sunt genitores animorum, non quidem de se spiritus (PL. sapientiae) propagando substantiam, sed quasi sapientiam in auditorum mentibus gignunt, in melius reformando naturam»¹⁶.

Los maestros son los «padres» de los espíritus, no porque ellos propaguen su propia ciencia entre sus discípulos, sino porque la hacen nacer en el espíritu mismo de sus discípulos. ¿Era posible expresar con más exactitud y en una más feliz expresión lo que debe haber de espontáneo y de original en la educación? Su expresarán mejor los humanistas del Renacimiento?

He aquí un pasaje en el que Juan de Salisbury, inspirándose en Quintiliano, ha sabido desembarazarnos del texto, dominarlo y darle un valor original. Desgraciadamente no sucede siempre lo mismo porque el obispo de Chartres muchas veces queda como trabado en el texto modelo. Veamos ahora comparativamente la continuación del texto que hemos citado de Juan y el pasaje correspondiente de Quintiliano:

«Multum haec pietas confert studio; nam ita et libenter audiente et dictis credent; in ipsos denique coetus scholarum laeti et alacres convenient, emendati non irascuntur, laudati gaudebunt, ut sint charissimi, studio merebuntur. Nam ut illorum officium est docere, sic horum praebere se dociles: alioqui neutrum sine altero sufficit».

(QUINTILIANO)

«Et haec quidem pietas studio plurimum confert; nam et libenter audiunt, quos amant, et dictis credunt et eis esse similes concupiscunt, et pio faciente affect, in ipsos cetus scholarum laeti (PL. coetus scholarum laeti) alacresque conveniunt. Emendati non irascuntur, laudati non erubescunt, ut sint et ipsi carissimi (PL. charissimi) studio merebuntur. Nam ut doctorum praebere se (PL. se praebere) dociles. Alioquin neutrum sine altero sufficit».

(JUAN DE SALISBURY)¹⁷

Se habrá notado una modificación que se explica y que cae bien en la pluma de un cristiano. Donde Quintiliano había dicho: *laudati gaudebunt*,

15. QUINTILIANI: *De Institutione Oratoria*, lib. II, cap. 9; ed. P. BURMANUNN, p. 57.

16. JOANNIS SARESBERIENSIS: *Polycraticus*, lib. VII, cap. XIV; ed. WEBB, t. II, p. 152; PL 199, 670 c.

17. QUINTILIANI: *De Institutione Oratoria*, lib. II, cap. 9; ed. P. BURMANUNN, p. 97; JOANNIS SARESBERIENSIS: *Polycraticus*, lib. VII, cap. XIV; ed. WEBB, t. II, pp. 152-153; PL 199, 670 cd.

Juan corrige: *laudati non erubescunt*. La alabanza no debe turbar un alma cristiana y la alegría que esa alabanza proporciona debe quedar como oculta. Desgraciadamente, al lado de esta corrección que podemos considerarla como interpretación personal, otros han visto correcciones o adiciones inútiles.

2. PERSONALIDAD DE JUAN DE SALISBURY

Veamos el doble aspecto de la personalidad literaria de Juan de Salisbury y por qué ha podido inspirar juicios tan contradictorios. Justo Lipsi le acusa, un tanto despectivamente, de haber compuesto un centón. Su obra sería sólo eso, sentencias y expresiones ajenas. Por el contrario y, más próximo a nosotros, Hauréau, publica a los cuatro vientos la originalidad de Juan de Salisbury. En nuestra opinión creemos que el justo medio se encuentra tratando de conciliar estas dos opiniones; Lipsi ha visto, sobre todo, la apariencia de las cosas; Hauréau está más cerca de la realidad. Es cierto que con frecuencia, Juan parece no liberarse del texto que le inspira. ¿Es cierto que sólo tiene un mediocre esmero de la composición? Está demasiado apurado, incómodo por su erudición que, por lo demás es vasta? Es verdad que Juan de Salisbury cita mucho y muchas veces no se preocupa lo bastante de distinguir la cita del comentario. Con frecuencia parafrasea y esto le ha costado cargarse con el «sanbenito» de plagista.

Creo, sin embargo, que debo señalar que este pseudo-plagista no es un imitador servil que diluye simplemente el pensamiento de los otros o que vaya colocando aquí y allá, sobre un cañamazo personal flojo, las citas más o menos bien traídas. Adentrado siempre en el tema que trata, repiensa lo que lee. Es un gran erudito, «l'humaniste le plus distingué de tout le moyen âge», como le califica justamente M. Levillain¹⁸. Sin duda que su esfuerzo por ser personal, le convierte, a veces, pesado en la expresión; pero, con frecuencia también, en la ganga de las paráfrasis brillan las vivas agudezas de una inteligencia superior.

La superación de un espíritu que domina las cuestiones a las que se entrega, la encontramos en la manera en la que Juan de Salisbury comprende y explica la función de la gramática y de la retórica. Una vez más, inspirándose en Quintiliano, copiándolo, a veces, demuestra tener personalidad.

Contra los «Cornificianos» que hacían profesión de despreciar la gramática el obispo de Chartres quiere que se la estudie a fondo no por ella misma «porque agudiza el espíritu y porque es el atractivo de la vejez...»¹⁹, sino porque prepara para la comprensión de los autores. Sin estos conoci-

18. M. LEVILLAIN: *Les écoles de Chartres au Moyen Age, Le Moyen Age*, 1895, p. 114.

19. JOANNIS SARESBERIENSIS: *Metalogicon*, lib. I, cap. XXV: «Hec (PL Haec) est igitur liberalium artium prima, necessaria pueris, iocunda (PL jucunda) senibus, dulcis secretorum comes...»; ed. WEBB, p. 59; PL 199, 856d; cf. QUINCTILIANI, *op. cit.*, lib. I, cap. 4; ed. P. BURMANUNN, p. 26. Y en *Metalogicon*, lib. I, cap. XXI: «usus grammatice (PL grammatices), et amor lectionis, non scolarum (PL scholarum) temporibus, sed vite (PL vitae) spatio terminetur»; ed. WEBB, p. 50; PL 199, 851 d; cf. QUINCTILIANI, *op. cit.*, lib. I, cap. 8; ed. P. BURMANUNN, pp. 54-57.

mientos elementales, pero esenciales, no hay ciencia sólidamente fundada²⁰. Para la interpretación de los autores, si quiere, como Quintiliano, que se insista en la más esmerada precisión sobre la prosodia, las expresiones figuradas, la propiedad de los términos, etc., no es para permitir brillar la sutileza de los comentadores, sino para penetrar a fondo el pensamiento de los autores²¹.

¿Por qué esta curiosidad? ¿Noble placer de erudito; diversión exquisita del espíritu que al reposarse adquiere nuevos bríos? No. Pero al llegar aquí creo que es mejor dejar hablar al propio Juan de Salisbury: «Excute Virgilium aut Lucanum, et tibi cuiuscunque philosophie (PL. cujuscumque philosophiae) profesor sis, eiusdem invenies condituram»²².

Y llegamos al punto culminante del pensamiento de Juan: para descubrir el pensamiento antiguo, fuente de todo pensamiento, es necesario leer los antiguos palabra por palabra, sílaba por sílaba. Y añade: los estudios de las artes liberales son de tal utilidad que el que los ha practicado plenamente puede, sin otro guía, comprender todos los libros²³.

Al oír esto parece como si el que hablara fuera un hombre del Renacimiento. El mismo optimismo ágil y fecundo. Juan de Salisbury pertenece a un Renacimiento, al del siglo XII. En el Renacimiento del XVI, el panorama abarcado será más vasto. Los hombres del Renacimiento verán sobre la colina sagrada más sombras que las de Virgilio y Lucano. ¿Pero no percibimos ya en el Renacimiento del siglo XII y con Juan de Salisbury la misma dirección y la misma agudeza de abertura?

Nuestra insistencia quizá haya podido parecer machacona. Pero es que queríamos demostrar que Quintiliano no ha sido para Juan de Salisbury un autor de esos a los que se les conoce por haberlos leído superficialmente. No. Juan conoce a Quintiliano por sus maestros y, además, por haber practicado él mismo su doctrina con toda atención.

3. SENECA Y QUINTILIANO VISTOS POR JUAN DE SALISBURY

Sucede, sin embargo, una cosa curiosa y que va a ayudarnos a comprender por qué Quintiliano ha pasado por la Edad Media casi en el anonimato. El mismo Juan de Salisbury que ha comprendido bien y ha sabido interpretar a Quintiliano, no le quiere, no le ama, ni tampoco siente plena admiración hacia él. ¿Por qué? Muy sencillo: Quintiliano criticó a Séneca. Esta es su falta imperdonable a los ojos de Juan de Salisbury y también a los ojos

20. *Metalogicon*, lib. I, cap. XXII: «At lectio, doctrina et meditatio scientiam parium. Unde constat quod gramatica, que (PL grammatica, quae) istorum fundamentum est et radix...»; ed. WEBB, p. 53; PL 199, 853 b. Cf. también *Metalogicon*, lib. I, cap. XXV: *Brevis clausula de laude gramaticae*; ed. WEBB, pp. 58-59; PL 199, 856; cf. QUINTILIANI, *op. cit.*, lib. I, cap. 4; ed. P. BURMANUNN, pp. 25-30.

21. Cf. *Metalogicon*, lib. I, cap. XXIV: *De usu legendi et prelegendi; et consuetudine Bernardi Carnotensis et sequacium eius*; ed. WEBB, pp. 53-58; PL 199, 853-856.

22. *Metalogicon*, lib. I, cap. XXIV; ed. WEBB, p. 55; PL 199, 854 c.

23. *Metalogicon*, lib. I, cap. XXII: «Disciplinas liberales tante (PL tantae) utilitas esse tradir antiquitas, ut quicumque eas plene novint, libros omnes et quaecumque (PL quaecumque) scripta sunt possint intelligere etiam sine doctore»; ed. WEBB, p. 52; PL 199, 852 d.

de más de uno de sus contemporáneos. Esta razón que puede sorprendernos hoy, la encontramos con todo su vigor si nos asomamos al siglo XII y si pensamos en la piedad y en la veneración que rodearon el nombre de Séneca en la Edad Media²⁴.

Hoy vemos claramente el muro que separa el estoicismo de Séneca del cristianismo; pero los hombres del medievo no lo veían, al menos como nosotros lo vemos hoy y creían en la realidad de las relaciones de Séneca y de San Pablo y en la autenticidad de lo que hoy llamamos pseudo-correspondencia. Séneca, convertido al cristianismo, según ellos, servía de puente de unión entre la filosofía antigua y el cristianismo. Esta circunstancia llevaba consigo todo y con ella las diferencias doctrinales: ¿el panteísmo espiritualista de Séneca no debía ser, a los ojos de los medievales, como una etapa natural en el camino de la conversión?

Juan de Salisbury, en su lucha contra los «Cornificianos», invoca el testimonio de Séneca cada vez que lo cree necesario²⁵. Los «Cornificianos» se esfuerzan en arruinar la autoridad de Séneca fundándose sobre el juicio de Quintiliano²⁶. Es necesario, por tanto, que Juan se coloque de parte de Séneca no sólo contra los «Cornificianos»²⁷, sino también contra Quintiliano y lo hace con energía y con viva obstinación. En su *Polycraticus* cita completa la célebre sentencia contra Sócrates del libro X del *De Institutione Oratoria* para hacer juez al lector de la injusticia de Quintiliano. Antes había declarado que los «Cornificianos» disparatan, cualquiera que sea su guía, al no venerar y respetar a Séneca, el filósofo que vivió en la familiaridad de San Pablo y que San Jerónimo colocó en su catálogo de los santos. En el *Metalogicon*, libro I, cap. XXII, vuelve Juan de Salisbury a la carga y resume el juicio de Quintiliano contra Séneca.

En el fondo vemos en el «humanista» inglés un rencor hacia Quintiliano por haberle colocado en una falsa posición, dividido entre la admiración de dos hombres de los cuales, uno denigra al otro. ¿Por qué Quintiliano ha hablado tan mal de Séneca, con una injusticia tal que linda con la malicia? Esto es lo que Juan no termina de explicarse y se siente herido en lo más íntimo, con un dolor profundo por creerse equivocado. El hombre de su confianza ahora le ha fallado. Este estado de ánimo de Juan de Salisbury se deja ver al que lee de cerca los pasajes relativos a los dos escritores latinos. A veces, incluso, el mal humor de Juan de Salisbury es tan vivo que no puede contenerse y trata con brusquedad a Quintiliano, como si estuviera

24. Cf. P. ABELARDI, *Sermo XXIV, In conversione Sancti Pauli*, PL 178, 535.

25. Cf. *Polycraticus*, lib. VIII, cap. XIII; ed. WEBB, t. II, p. 318; PL 199, 763 b y *Metalogicon*, lib. I, cap. XXII; ed. WEBB, pp. 51-52; PL 199, 852.

26. «Sunt tamen qui eum contempnere audeant, Quintiliani auctoritati freti, suum ex eo nobilitantes iudicium... ut apud indoctos». *Polycraticus*, lib. VIII, cap. XIII; ed. WEBB, p. 318; PL 199, 763 b.

27. Son detractores de Séneca porque desnaturalizan su pensamiento atribuyéndole el desprecio de los estudios liberales de los cuales ellos mismos hacen profesión: «magno tamen se Cornificius tuetur indice et erroris sui Senecam laudat auctorem...» *Metalogicon*, lib. I, cap. XXII; ed. WEBB, p. 51; PL 199, 852. Salisbury intenta poner las cosas en su sitio y dice que Séneca debe ser alabado por haber dicho que los estudios liberales no bastan para hacer un hombre de bien, pero lo preparan, cf. *Ibidem*, ed. WEBB, pp. 51-52; PL 199, 852 cd.

delante de él. No. Séneca no puede desagradar al que ama la virtud y la elocuencia. No puede desagradar a Quintiliano²⁸.

Para conciliar finalmente sus dos admiraciones, el obispo de Chartres, concede que Quintiliano es superior a Séneca en cuanto literato pero, en cuanto moralista, es Séneca el que ocupa el primer lugar²⁹. En una pieza en verso de su *Entheticus* resume el núcleo de este pensamiento³⁰.

CONCLUSION

¿Sería temerario pensar que este sentimiento de Juan de Salisbury fuera compartido por aquellos contemporáneos suyos que conocieron a Quintiliano? ¿Por qué sorprendernos entonces el que eviten citar al retor romano? Es aquí donde debemos buscar la explicación de esta especie de conspiración del silencio, en el siglo XII, en torno a Quintiliano. Pero Juan de Salisbury era demasiado espontáneo, demasiado independiente y buen humanista también, para no hacer justicia al romano, a pesar del motivo de queja que tiene contra él. Por eso y, en despecho de su perplejidad y de su desencanto, nos ha proporcionado el retrato de Quintiliano por el que siente, a la vez, admiración y desilusión. Más todavía, esta estampa de Quintiliano pintada por el humanista del siglo XII, nos ayuda a comprender lo que podía ser el estado de ánimo, a este respecto, de los hombres de su tiempo. Estos se contentaron con utilizar el *De Institutione Oratoria* sin ruido. ¿No tenían, por otra parte y para justificar su silencio, una antigua tradición que aconsejaba recoger de los autores paganos lo que el cristianismo podía encontrar allí de provechoso? Sucedió algo así como lo que sucede en las guerras entre vencedores y vencidos: los primeros cogen las cosas de valor de los segundos, pero sin hacer grandes alabanzas de su belleza.

MARIANO BRASA DIEZ, O.P.

28. Cf. *Metalogicon*, lib. I, cap. XXII; ed. WEBB, pp. 51-52; PL 199, 852.

29. *Polycraticus*, lib. VIII, cap. XIII: «At ille diligentior est et quantum in rethoricis (PL rethoricis) vincitur, tantum vincit in ethica»; ed. WEBB, t. II, p. 321; PL 199, 764 b.

30. *Entheticus, De Seneca et Quintiliano*, PL 199, 992.